

AMOR Y ENFERMEDAD EN EL COLLAR DE LA PALOMA

ÁNGEL FERNÁNDEZ DUEÑAS
ACADÉMICO NUMERARIO

No es mi propósito, aunque el título de la comunicación se prestara a pensarlo, intentar una sistematización y estudio de posibles amores “patológicos” que pudieran resultar de una detenida lectura del *Collar de la Paloma*. Paso de puntillas por este escabroso sendero, que habrán de recorrer otros pasos, sin calificar, Dios me libre, de anormal o enfermizo ningún tipo de amor y, como Ortega en su *Prólogo*, no afirmaré que existan amores naturales o antinaturales y, ni siquiera caeré en la tentación que esboza el citado filósofo, de distinguir entre “amores como es debido” y “como no es debido”, morales o inmorales.

Por otra parte, estoy con García Gómez, cuando recomienda leer la obra “con ojos adaptados a la perspectiva histórica”, sabiendo de las indirectas influencias platónicas sobre Ibn Hazm a través del *Libro de la Flor* de Muhammad ibn Dawud, que, basándose en el “semivirgen refinamiento de la ternura”, sustrato en fin, de la concepción griega del amor, lo “arabizaría” con el ropaje del amor *‘udri*, curioso elixir amatorio formado a expensas de cierta dosis de indeterminada castidad, muchas veces, tal vez forzada y no reñida, sin embargo, con un deseo erótico permanente y cuasi patológico.

Más con ser este tema bastante atractivo y tentador, sólo lo cito de soslayo, limitándome tan sólo a buscar una relación entre amor y enfermedad en un sentido amplio, más aún de lo que lo hace el propio Ibn Hazm en el capítulo XXVI de su *risala* y en parte también, en el XXVIII, en los que trata, respectivamente, sobre la enfermedad y sobre la muerte. Mi intento consistirá, espigando entre sus versos, en relacionar amor y enfermedad según la clásica forma de descripción de las especies morbosas, que comienza con la etiopatogenia y finaliza con el tratamiento.

Ibn Hazm en el referido capítulo “Sobre la enfermedad”, dice: “...Todo amante cuyo amor sea sincero y que no pueda gozar de la unión amorosa (...), ha de llegar por fuerza a las fronteras de la enfermedad y estar extenuado y macilento, lo cual, a veces, le obliga a guardar cama (...). Ahora bien, las dolencias del

amor no son como las que vienen del asalto de las restantes enfermedades. El médico perspicaz y el hábil fisiognomista las distinguen bien...". Y ofrece un poema en el que un desgraciado amante escucha su diagnóstico por parte del médico: ...consunción..., melancolía..., sin aquél percatarse de que, ante sí, sólo tiene un enfermo de amor, que rebate:

"Tu razonamiento es absurdo.

¿Qué dices de las lágrimas que corren de mis ojos?

(...)

—Mi enfermedad procede de lo que me remediaría.

¿No se extravían ante esto las inteligencias?

Y la prueba de lo que digo es palmaria:

las ramas de una planta si se invierten se tornan raíces

y contra el veneno de las víboras no hay más triaca

que garantice la curación de las picaduras, que ese mismo veneno..." (1).

"Mi enfermedad procede de lo que me remediaría". Ibn Hazm establece un curioso paralelismo entre amor como causa de enfermedad y amor como tratamiento específico de aquella. Por ello recurre a la comparación de la mordedura de la víbora y el remedio de la triaca, o antídoto contra envenenamientos, procedente de la antigua farmacopea galénica, uno de cuyos numerosos componentes, era precisamente, la propia víbora. Veneno contra veneno, dice en suma, queriendo significar amor para el amor...

En esta dulce enfermedad existe como en todas, un comienzo, que ha de responder a la doble pregunta del *qué* y del *cómo*; de la causa y de la génesis del proceso; en definitiva y utilizando términos médicos, de la etiología y de la patogenia. Y en este sentido, Ibn Hazm, partiendo de la base de que entre todas las cosas creadas, cada cual busca siempre a su semejante, o como él dice "lo afín sólo en su afín sosiega" y teniendo en cuenta que para él, el amor esencialmente proviene de la unión entre partes de almas, que se encuentran divididas en nuestro mundo, es obvio que también éstas busquen su propia complementariedad, si aceptamos que las almas, por su excelsa naturaleza y por su pura y equilibrada esencia, perciben más y mejor la afinidad y el desvío, la atracción y la repulsión, lo similar y lo contrario.

Precisamente en la doctrina hipocrática del *similia similibus*, parece radicar para el poeta cordobés, el concepto etiopatogénico de la enfermedad amorosa, como igualmente se basará en aquella, la necesaria terapéutica, como después veremos.

En todo proceso morboso es fundamental conocer el cuadro clínico y a este respecto Ibn Hazm nos ofrece toda una constelación sintomática en el capítulo titulado "Sobre las señales del amor" y dispersas alusiones al tema en otros apartados de la obra.

En los ojos del amante "...puerta abierta del alma (...) que revela su intimidad y delata sus secretos...", observa como señales de amor principalmente, el rico

(1) Cap. XXVI: Sobre la enfermedad, p. 241.

lenguaje de las miradas y el llanto; con respecto a las primeras, escribe:

“...Mis ojos no se paran sino donde estás tú.
Debes tener las propiedades que dicen del imán.
Los llevo adonde tú vas y conforme te mueves
como en gramática el atributo sigue al nombre...” (2)

En ocasiones reflejarán alegría o tristeza, felicidad o padecimiento:

“...Mis ojos se han refrescado con tu cercanía
tanto como ardieron en los días que te celó la distancia” (3)

Es el llanto, sin embargo, una de las más frecuentes y sentidas señales de amor:

“...Cuando los párpados dejan fluir sus fuentes
es que en el corazón hay un doloroso tormento de amor...” (4)

A veces, el llanto surge en el enamorado como relación causa-efecto, simplemente ante el sonido de la voz de la persona amada:

“...Las tropas del amor han acampado en mis oídos
como lo muestran las lágrimas de mis ojos...” (5)

o como poética antítesis pecado-penitencia:

“...Pecaron mis ojos moviendo esta angustia de amor en mi corazón
y mi corazón envió las lágrimas para vengarse de los ojos...” (6)

o como delicada metáfora para describir las mejillas surcadas por las lágrimas:

“...Ayúdale porque de apenado que está
llora, siendo a la vez, papel, tinta y escrito...” (7)

Hay señales de amor, que, si bien no indican existencia de patología alguna, sí pueden corresponder a sus inicios; tal sucede con la ansiedad que presenta el amante con todo lo que se relaciona con el ser amado; el azoramiento, que en

(2) Cap. II: Sobre las señales del amor, p. 109.

(3) Cap. XXIV: Sobre la separación, p. 219.

(4) Cap. II: Sobre las señales del amor, p. 117.

(5) Cap. IV: Sobre quien se enamora por oír hablar del ser amado, p. 122.

(6) Cap. V : Sobre quien se enamora por una sola mirada, p. 125.

(7) Cap. XIV: Sobre la sumisión, p. 156.

(8) Cap. II: Sobre las señales del amor, p. 110.

ocasiones demuestra ante su presencia o el febril deseo, que, en otras, demuestra por el encuentro:

“...Al ir a ti corro como la luna llena
cuando atraviesa los confines del cielo...” (8)

La languidez, el adelgazamiento, la extenuación, son ya síntomas objetivos, que Ibn Hazm cita al contar las relaciones de su hermano Abu Bakr y su esposa Átika: “...El amor por él la hizo adelgazar, la pasión la extenuó y la demasía de su ardor la hizo enflaquecer de tal suerte, que se quedó como un espectro marcado con la huella de la enfermedad...”, e insiste sobre el mismo tema en los siguientes versos:

“...El amor, dueño mío, me dejó tan extenuado
que no pueden verme los ojos de los que me visitan.
¿Cómo se las arregló el amor para llegar
a quien es invisible para todos?
El médico se ha aburrido de intentar curarme
y hasta mis émulos sienten piedad de mi dolencia” (9)

Existen ocasiones en que el amor en cualquiera de sus manifestaciones, produce verdaderos síntomas que denotan alguna situación patológica, de mayor o menor entente. Ibn Hazm cita el balbuceo, la disfagia, de esta forma tan gráfica: “...El verdadero amante, que, a veces, se pone a comer con apetito, cuando de repente, el recuerdo del ser amado lo excita de tal modo, que la comida se le hace un bolo en la garganta y le obstura el tragadero...” (10); e incluso la disnea:

“...si pienso que estoy lejos de ella siento que me ahogo
como el que bosteza entre la polvareda y la solana...” (11)

Cita en otra ocasión, contando las penas de amor de una hermosa doncella, hija de un general, que llegó a tener un acceso de bilis; aquí el polígrafo cordobés se refiere, aunque de forma implícita, a la doctrina galénica de los humores (sangre, flema, bilis amarilla y bilis negra) y a su concepto de enfermedad basado en la alteración de alguno o algunos de ellos, e incluso, a la correlación caracterológica en el ser humano; el acceso de bilis querría indicar melancolía, estado tan propio y natural en el amante desairado.

También en la esfera psíquica encontramos señales de amor o síntomas del proceso amoroso. Uno, frecuente e importante, es el insomnio; para Ibn Hazm, los amantes son “apacentadores de estrellas”, precisamente por su facilidad para velar toda la noche, inmersos en sus deliquios de amor. Y dice:

(9) Cap. XX: Sobre la unión amorosa, p. 190.

(10) Cap. II: Sobre las señales del amor, p. 113.

(11) Cap. II: Sobre las señales del amor, p. 111.

“Pastor soy de estrellas, como si tuviera a mi cargo
apacentar todos los astros fijos y planetas.
Las estrellas en la noche son el símbolo
de los fuegos de amor encendidos en la tiniebla de mi mente.
Parece que soy el guarda de este jardín verde oscuro del firmamento
cuyas altas yerbas están bordadas de narcisos...” (12)

Las pesadillas también acometen al amante y a este respecto hallamos en el *Collar de la paloma* una explicación, que muchos siglos más tarde, va a ser ratificada por el mismísimo Freud; dice el poeta: “...Es éste, a mi juicio, un caso de sugestión anímica o de pesadilla, que entra dentro del campo de los deseos reprimidos y de las fantasías del pensamiento...” (13)

Algunas veces, la situación –sobre todo en casos de amores no correspondidos o que, aún siéndolos no han llegado aún a la unión amorosa–, puede llegar a un estado de pura obsesión, de una marcada idea fija, que, en ocasiones desembocará en la pérdida de juicio, en la pura enajenación, en definitiva, en la llamada locura de amor, como indican estos versos:

“...pues veo que si esto dura, va a cambiar
las ajorcas de sus tobillos por las cadenas de los locos...” (14)

El sentimiento de muerte también se desliza en la poesía de Ibn Hazm en algunas situaciones negativas en la relación de los amantes; tal sucede en la separación, “...situación dolorosísima, una cuita terrible, un golpe tremendo y una cruel enfermedad...”. Y poetiza:

“...Esta dolencia, cuya curación desafía al médico,
me llevará, sin duda, a la aguada de la muerte.
Pero contento estoy con caer víctima de su amor
como quien bebe un veneno desleído en un vino generoso...” (15)

Y se asombra de poder resistir la ausencia de la amada:

“...Me asombro de como mi alma no ha perecido por su ausencia
siendo su esquividad mi sepultura y su pérdida, el presagio de mi muerte...” (16)

Y se extraña de poder seguir viviendo sin amor:

“...A juzgar por los tormentos de enfermedad que en él se ven
si vive es porque la muerte le tiene compasión...” (17)

(12) Cap. II: Sobre las señales del amor, p. 114.

(13) Cap. III: Sobre quien se enamora en sueños, p. 120.

(14) Cap. XXVI: Sobre la enfermedad, p. 242.

(15) Cap. XXIV: Sobre la separación, p. 218.

(16) Cap. XXIV: Sobre la separación, p. 218.

(17) Cap. XII: Sobre la guarda del secreto, p.148.

Y aún teme, morir, de pura dicha, tras el ansiado reencuentro:

“... ¡Cuántas veces hemos visto que el agua que bebe con ansia el sediento, siendo su vida, le produce la muerte! (18).

Estas señales del amor, que Ibn Hazm desgrana, serán repetidas por otros poetas árabes, e incluso aparecerán en obras médicas posteriores. Todos estos síntomas, componen un cuadro clínico, tan fiel y completo, que el diagnóstico de este cuasi patológico proceso, no presenta mayor dificultad. No así ocurre en cuanto al tratamiento, que como decía al comienzo de mi disertación, se ha de basar en la doctrina del *similia similibus curantur*, o sea, el principio terapéutico hipocrático, que aconsejaba inducir en el enfermo reacciones de analogía con los síntomas que produce la enfermedad y, aún más, reacción de analogía con la propia causa de la enfermedad. Así dice:

“...Nada me ha herido más que aquellos ojos
y nadie en el mundo, más que ellos pueden pretender curarme.
Pasa como con las víboras; sólo sus cuerpos mismos
pueden sanar la picadura del que mordieron” (19).

De nuevo, veneno contra veneno, amor para el amor. Y en su frenesí amoroso, el amante buscará su curación en la unión amorosa, en la posesión del ser amado, que el poeta describe como una auténtica fusión de almas y de cuerpos:

“Desearía rajar mi corazón con un cuchillo,
meterte dentro de él y luego volver a cerrar mi pecho,
para que estuvieras en él y no habitaras en otro,
hasta el día de la resurrección y del juicio;
para que moraras en él durante mi vida y a mi muerte,
ocuparas las entretelas de mi corazón en la tibieza del sepulcro” (20).

Así es el amor...; la divina locura de Platón y según Ibn Hazm, “...una dolencia rebelde, cuya medicina está en sí misma, si sabemos tratarla; pero es una dolencia deliciosa y un mal apetecible, al extremo de que quien se ve libre de él, reniega de su salud y el que lo padece, no quiere curar...” (22). Así es el amor...

(18) Cap. XXIV: Sobre la separación, p. 219.

(19) Cap. XXIV: Sobre la separación, p. 227.

(20) Cap. XX: Sobre la unión amorosa, p. 185.

(21) Cap. IX: Sobre la esencia del amor, p. 107.